REGRESO A

# Guadalajara

## CONTIGO EN LA DISTANCIA

TEXTO Y FOTOS: **Rafael Chirbes**

Hacía rato que los mariachis habían ocupado el kiosco de la música en la plaza del parián (así es como llaman por aquí a los mercados artesanos) de Tlaquepaque. Desde el primer momento en que había empezado a sonar la música, las parejas de novios habían acercado más sus cabezas y se habían puesto repentinamente serias. Tocaban bien los mariachis, la verdad. Y también era muy buena la vocalista que llevaban con ellos, y que cantaba con una voz que era delicada y potente al mismo tiempo. Metal y agua. O sea, que podía instalarse la magia en la plaza del parián.

La voz de la mujer pasaba de unos boleros de Agustín Lara que el viajero le oyó cantar por primera vez a Toña la Negra veinticinco años antes en esta misma ciudad, a las rancheras de José Alfredo Jiménez y otros compositores clásicos, que antes de aprender a hablar (y de eso hace medio siglo) el viajero ya les escuchaba a Jorge Negrete, a los hermanos Aguilar, o a Pedro Infante en el cine de su pueblo (hoy, el cine de su pueblo ha desaparecido: en su pueblo todo ha desaparecido). Por aquellos tiempos, los espectadores de cine insultaban a voces al villano y jaleaban la carrera del caballo del héroe, que apenas llegaba a tiempo para salvar a la protagonista. Daban patadas en la tarima o puñetazos contra la madera de las butacas, como si a fuerza de castigar el mobiliario del local el caballo fuese a llegar antes. Hasta tal punto se parecían por entonces el cine y la vida de cada día.

Recordando aquel tiempo en el que México formaba parte de los fines de semana de un niño, el viajero se puso sentimental en la plaza del parián de Tlaquepaque. Echaba de menos un tiempo en el que el arte, incluido el modesto arte del cine de serie B, era participativo y se expresaba a vida o muerte, sin necesidad de que los actores se te sentaran en la silla de al lado o te arrojaran objetos desde el escenario. Es decir, aquella cálida noche en el parián de Tlaquepaque, el viajero se puso a recordar su infancia; y también su juventud, cuando contempló estas tierras por primera vez.

Al igual que hacían los dos amigos que estaban sentados a su lado, capturaba con la punta de las crujientes tostadas de maíz parcelas de un platillo de guacamole, de otro de frijolitos negros bien cocidos con sabrosos pedazos de tocino, y, de vez en cuando, levantaba la copita de tequila reposado, que se quedaba vacía a cada nada. Los amigos del viajero se dejaban llevar por el sentimiento de la música. Se les notaba en la cara, y en la manera de hablar alargando mucho cada sílaba, añorantes.

Sin duda, en el alma de cada uno de ellos el mariachi hacía su destructivo y dulce trabajo de manera distinta. No hay dos melancolías ni dos tristezas exactamente iguales. El amigo español pensaba -es un decir- en la distancia, que es en lo que se piensa siempre que se está fuera de casa, y en la fragilidad de los encuentros que el viaje propicia. Gentes que se parecen a las que uno vio hace veinticinco años, pero que no son las mismas. Gentes a las que se ve esta noche por primera y última vez y que, sin embargo, nos resultan familiares, como si siempre hubieran vivido a nuestro lado. El otro amigo que compartía mesa con el viajero era tapatío, y había confesado que al menos una parte considerable de su melancolía no procedía de ningún abismo metafísico, sino que era prosaicamente de este mundo: se sentía triste porque las chivas rayadas, el emblemático equipo de fútbol de Guadalajara, acababan de caer derrotadas ante los diablos toluqueños, sus más feroces enemigos. El recuerdo de esa derrota le abría en el alma una nueva herida al tapatío -otra más- que sólo un trago de tequila -otro más- confortaba . Ya se sabe que el sentimiento de la música desata múltiples añoranzas y que la farmacopea que las consuela es más bien reducida. Otra copa de tequila y una calada al cigarro.

El árbol sentimental de aquí, de la plaza del parián de Tlaquepaque, ofrecía, además, por su cuenta y riesgo, y al margen de la historia que arrastrara cada cual, unas cuantas ramas suplementarias en las que posar dolores y melancolías: había gente que bailaba con la seriedad de quien está dando un paso trascendental en su vida (una de las parejas lo hacía como si fuera la última vez: acababa de casarse); gente que comía y bebía en torno a las mesas: familias con niños, algunos de ellos dormidos en los brazos de sus padres; grupos de amigos; parejas de novios de varios sexos; camareros que se movían entre los comensales, yendo de acá para allá con una agilidad que contradecía su volumen y su peso; hileras de luces de colores flotando en el aire cálido de la noche; y un locutor de voz aterciopelada

**El tapatío se enorgullece de que su ciudad, tan caótica en su desmesurado crecimiento, sigue guardando buena parte de las esencias de eso que en cualquier lugar del planeta se conoce como México.**

**Guadalajara, aunque alberga un importante centro histórico con hermosas casonas, palacios, conventos e iglesias, se ha inclinado más bien por un modelo americano de urbe dispersa con cambiantes centros comerciales.**

(recordaba a alguno de aquellos provincianos locutores españoles de los años cincuenta, que hablaban tan bien, tan precisa y pausadamente) que, entre canción y canción, desgranaba mensajes comerciales y cumplía el siempre conmovedor rito de las peticiones del oyente: "para Esperancita Dorado, de sus amigos, en el día de su decimoctavo cumpleaños, van los mariachis a interpretar Las mañanitas"; "para Rosalía Portón, de su papá y de su mamá, porque salió con bien de lo que ella sabe, interpretarán el Lamento Jarocho". El locutor pronunciaba frases así, que al viajero y a cualquiera siempre acaban tocándole el alma. Nombres de gente que vive en algún sitio, títulos de canciones que se han escuchado alguna vez.

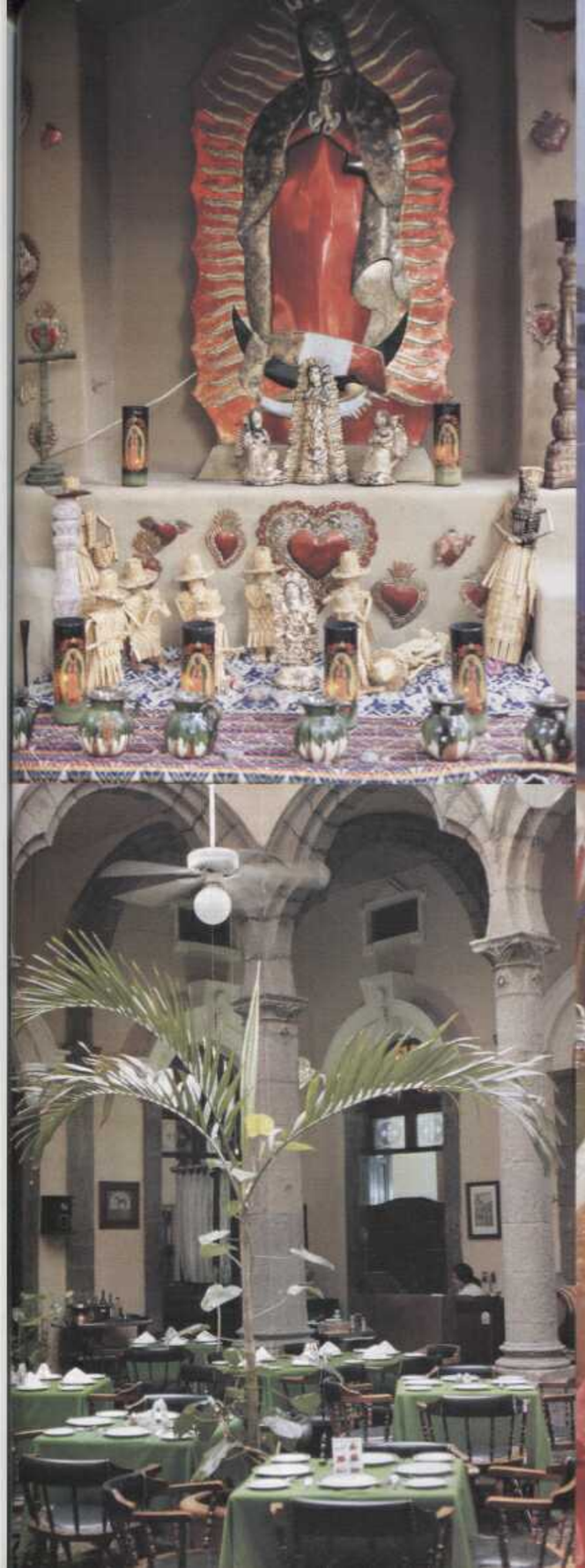
Muchas de esas canciones tenían como destinatarios sentimentales a turistas y visitantes que procedían de alguno de los lugares de un inmenso país que se alarga de norte a sur miles de kilómetros: Manzanillo, Los Mochis, San Juan Chamula, Chihuahua; otros homenajeados eran estadounidenses que se llamaban Carlos Rodríguez, Deogracias Fonseca o Candelaria Fuentes y que procedían de Ohio, de Los Angeles, de Chicago, o de lugares perdidos y anónimos al norte de Río Grande. También la enumeración de esas tremendas distancias recorridas por frágiles seres humanos abría fosos de melancolía en los viajeros que, a su vez, venían de un pequeño país llamado España. Y, por si fuera poco, y para que todo resultara aún más bello y doloroso, uno de los micrófonos de los mariachis no funcionaba, con lo que el arte y el esfuerzo humanos se veían obligados a suplir lo que la técnica les negaba.

Sabroso el guacamole, sabrosos los frijoles, perfumado el tequila, cálida la noche. Cómo no iba a conmoverse el viajero que hacía veinticinco años que no veía ni olía todo aquello (olor de cilantro, de ají, de carne asada, de perfumes que recuerdan a la gardenia, a la madreselva, al sudor humano). Pensaba en que el tiempo había alterado las cosas y, a la vez, pensaba que las había milagrosamente conservado. También él formaba parte de esa gente que había recorrido tantos kilómetros, que había vivido tantas pequeñas cosas durante tanto tiempo, y que volvía al mismo lugar para escuchar las mismas canciones.

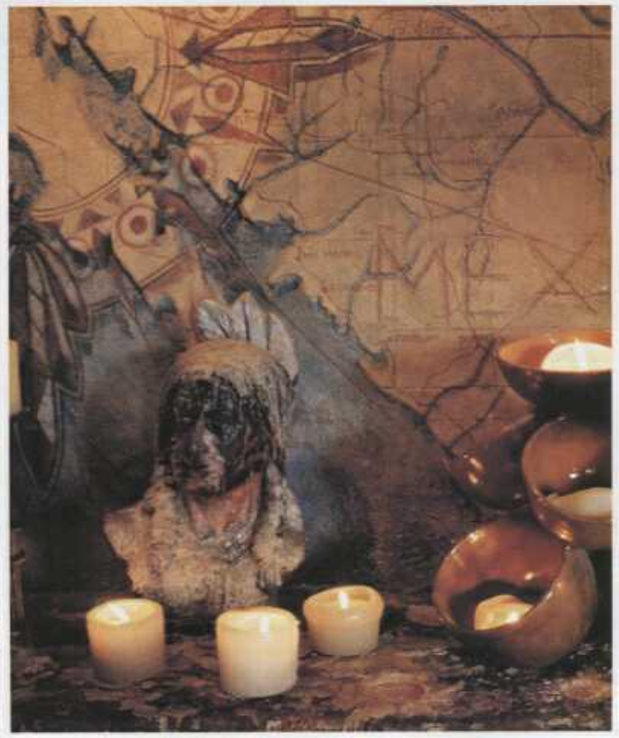
Tlaquepaque era no hace muchos años una pequeña población situada al sureste de Guadalajara: un pueblo de placitas ajardinadas, patios porticados, e iglesias de cúpulas de colorida cerámica. Conserva aún ese aire colonial y sus tradiciones artesanas. Más de trescientas tiendas exponen en sus calles las miniaturas de vidrio soplado, las preciosas cerámicas reticuladas, los objetos de joyería, plata y cobre, los trabajos en cuero, los muebles de madera, y los bordados, aunque hace ya tiempo que -al igual que le ha ocurrido a Tonalá-, Tlaquepaque ha dejado de ser un pequeño pueblo para convertirse en un barrio de ese pulpo voraz que es la Guadalajara contemporánea, una ciudad que hace cien años tenía cien mil habitantes distribuidos en apenas mil hectáreas y que hoy es una conurbación en la que viven unos seis millones de seres humanos y que se extiende por más de cincuenta mil hectáreas.

Las viejas calles coloniales, trazadas a cordel, con sus esquinas en ángulo recto, se han alargado más y más, levantándose en su prolongación colonias elegantes, o barrios populares donde se hacinan decenas de miles de personas en edificios idénticos; lujosos rascacielos de vidrio, chabolas, talleres, mercados callejeros, interminables polígonos industriales. La ciudad ha acabado por sepultar bajo su vitalidad el valle de Atemajac, una meseta que cabalga el lomo de la Sierra Madre a mil seiscientos metros de altitud, y cuya fertilidad (unida a la cercanía de minas de plata) estuvo en el origen de su fundación. Fue en el siglo XVI, cuando el actual estado de Jalisco era uno de los finisterres del mundo y, quizá por eso, recibió el nombre de Nueva Galicia.

A esa Guadalajara que tan monstruosamente ha crecido luego le costó, sin embargo, nacer. Fue fundada al menos tres veces, entre 1531 y 1542, en tres puntos distintos del valle, en una geografía no siempre amable, a pesar de su relativamente suave clima subtropical. La ciudad ha sido un fruto de lenta cristalización, cuyo atractivo ha sufrido altibajos, ligándose su crecimiento a momentos de crisis y tragedias. Así, buena parte de sus recientes pobladores son antiguos habitantes del México D.F., que han llegado a Jalisco después del terremoto que asoló la capital en 1985, aunque aquí tampoco falten los seísmos, quizá más infrecuentes y de menor intensidad (uno de ellos se llevó las torres de la catedral); otros llegan escapando de la pobreza y de la violencia de los campos cercanos: de las regiones de



Esta maternal ciudad refugio ha sido un fruto de lenta cristalización, cuyo atractivo ha sufrido altibajos, ligándose su crecimiento a momentos de crisis y tragedias.



Los Altos, del sur de Jalisco, de Nayarit. Tantas vidas, tantos kilómetros.

No conviene olvidar que el primer gran crecimiento de Guadalajara tuvo que ver con el papel de refugio contra la violencia que ofreció la gran ciudad, primero ante los grupos revolucionarios que se movían por el campo, y después ante las violentas partidas cristeras, defensoras ultramontanas y sanguinarias de la religión que los revolucionarios habían desterrado de su agenda. Guadalajara, maternal ciudad refugio, pese a su violencia soterrada, a la desolación de sus zonas de "pelados", a los tráficos en las traseras de sus tianguis (otra acepción para referirse al concepto mercado), incluido el de San Juan de Dios, también conocido como Libertad, y que es -dicen- el más grande de los mercados cubiertos de América Latina.

Guadalajara ha multiplicado por veinte sus habitantes en el último medio siglo (en 1950, apenas superaba los trescientos mil). Ha visto cómo crecían hasta perderse de vista colonias de casas idénticas y baratas, cómo se levantaban como hongos de la noche a la mañana los barrios de chabolas, se elevaban lujosos rascacielos de cristal, se abrían nuevas y espectaculares plazas a costa de armónicas manzanas del centro histórico; cómo se extendían los polígonos industriales a costa de sus zonas de cultivo, cómo se secaban sus lagos interiores (Agua Azul), y sus ríos desaparecían bajo el asfalto (San Juan de Dios), e incluso ha empezado a ver con preocupación el descenso de las aguas del gigantesco lago Chapala, que ha dado de beber durante siglos a personas, animales y plantas del valle de Atemajac, actualmente cubierto con una densa nube de smog que ni siquiera las brisas del cercano océano Pacífico, que han dado fama de suaves y frescas a las noches tapatías, consiguen despejar. Y, en medio de ese caos, los mariachis no han dejado de tocar cada noche en el parián de Tlaquepaque o en la pequeña plaza del centro de la ciudad que lleva el nombre de esos conjuntos: Plaza de los Mariachis. En la cantina La Fuente, a un paso de la Catedral, suena el mismo piano de hace decenios, mientras las mesas se llenan de apetitosas botanas y de copitas de los mejores tequilas. Los hombres de negocios, funcionarios y artistas charlan y ríen en el espacio bello y destartalado de la tradicional cantina. La vida sigue igual.

En realidad, ni siquiera entre los mexicanos hay mucha gente que sepa que la palabra y el concepto de mariachi nacieron aquí, en Guadalajara, como resultado de una caprichosa moda de la burguesía tapatía que, después del breve reinado de Maximiliano y de su efímera corte, hablaba francés en sociedad para distinguirse de las clases populares. Resulta difícil asimilar que la palabra mariachi es la deformada adaptación popular de la francesa mariage, boda, y que se trata de un deslizamiento semántico: en las fiestas, sobre todo en las bodas o mariages, los burgueses contrataban conjuntos para que animasen a los invitados, y esos conjuntos acabaron, por adulteración del nombre de la fiesta burguesa por excelencia, el mariage, llamándose mariachis. Guadalajara es, pues, la patria de ese tipo de formaciones musicales que se han convertido en la más aceptada sinécdoque de México y de lo mexicano en todo el mundo. El tapatío se enorgullece de que su ciudad, tan caótica en su desmesurado crecimiento, sigue guardando buena parte de las esencias de eso que en cualquier lugar del planeta se conoce como México.

Tequila, charreadas o rodeos con caballos, restos de la cultura de las grandes haciendas ganaderas que se crearon en Jalisco; jarabe tapatío, que es como se llama la célebre danza de los sombreros (cada domingo por la mañana hay espectáculo del ballet en el teatro Degollado), son algunas de las señas de identidad folklórica de esta ciudad dinámica, invadida por millones de vehículos de todo tipo, por apresuradas brigadas de obreros y artesanos, por grupos de comerciantes, de especuladores, de congresistas, que crean una sensación de vitalidad y, a la vez, de descontrol. Ese papel de ciudad febril y atareada -que hoy refuerza la presencia de numerosas sucursales de multinacionales yankis- le viene de lejos a Guadalajara: al menos, desde que la presencia del ferrocarril la convirtió en el más activo centro distribuidor de mercancías del norte del inmenso país, y en parada obligatoria de los productos que viajaban desde el Pacífico y los Estados Unidos al D.F. En la burguesía tapatía han convivido lo colonial (tiene algo de aristocracia andaluza la conservadora burguesía de aquí, con su afición por la ceremonia y su mirar lejano y perezoso hacia lo foráneo), con lo oriental (los productos de Oriente -el té, las porcelanas- llegaban a los cercanos puertos del Pacífico, en el galeón de Manila, y hacían escala en Guadalajara antes de desaparecer en la inmensidad del D.F.), sin que se le haya dejado de pegar a esa esnob burguesía un toque gringo.

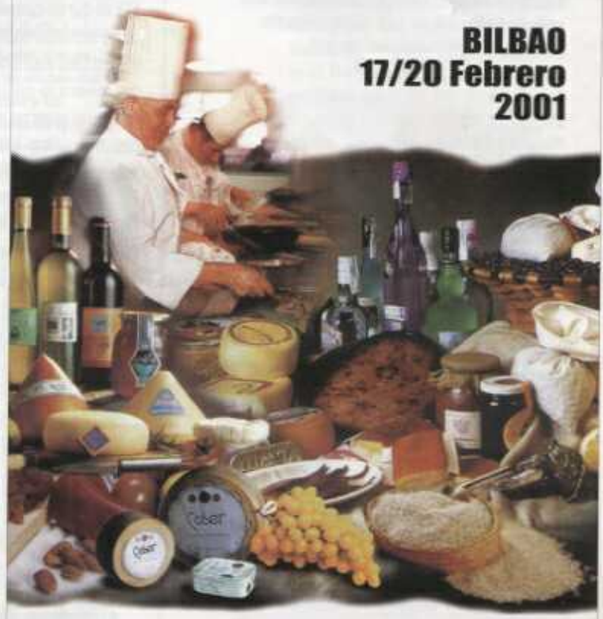
Compite Guadalajara en su papel de ciudad industrial con Monterrey, que impone el privilegio de su mayor cercanía al borde sur del imperio. Los tapatíos ven a los de Monterrey como unos parvenus. Piensan que sólo su ciudad es capaz de guardar al mismo tiempo esencia y potencia: viejas casonas y modernos rascacielos; sus horas de siesta alternadas con las de intensa actividad; sus largos y sinuosos desayunos en los que la burguesía se recrea mirándose a sí misma, vigilándose, al tiempo que cierra opulentos negocios con los que llegan de fuera. La segunda ciudad de México por número de habitantes presume de ser la primera en lo que se refiere a sagacidad comercial.

De hecho, el propio nombre de tapatíos, que es como se conoce a los habitantes de Guadalajara, hace referencia a su vieja afición comercial, ya que proviene esta palabra de la voz tlapatiotl, que era la que se utilizaba para designar las tres unidades de cacao o de algunos otros productos que utilizaban los indios de la zona como moneda de uso corriente en sus transacciones comerciales. A las puertas del siglo XXI, la ciudad cuenta en dólares, y se considera una avanzadilla de lo que luego el país asume. Incluso en política. De hecho, antes de que el PRI


Venga a donde se cuecen los negocios

EURO ALIMENTACION HOSTELERIA

BILBAO
17/20 Febrero
2001



Para hacer buenos negocios, más de 19.000 visitantes se dieron cita el pasado año en el:

9º Salón de Alimentación y Dietética, y el:
3er Salón de Restauración y Equipamiento

Aproveche esta nueva edición y reserve su stand.

FERIA INTERNACIONAL DE BILBAO
BILBOKO NAZIOARTEKO ERAKUSTAZOKA
ISO-9001

Apdo. 468 - 48080 BILBAO - Tel. 94 428 54 00 - Fax 94 442 42 22 - www.feriaint-bilbao.es

Euskaltel
IBERIA

abandonara el gobierno del país, había sido ya expulsado del poder en Jalisco.

El antiguo Hospicio, hoy Instituto Cultural Cabañas, parece resumir esa complejidad de Guadalajara: los muros de la vieja iglesia neoclásica se cubren con la violenta llamarada de los frescos de Orozco, un canto al hombre que -abandonado por los dioses- confía en sus propias fuerzas, y ni siquiera lo hace saboreando el gozo de un momento feliz, sino como una fase más de su propia agonía, en ese sentido de lucha contra el medio y contra la propia identidad que tiene la palabra agonía en Unamuno. El imponente Hombre de Fuego que preside el conjunto del Hospicio de Guadalajara es el símbolo de un doloroso avance, de un progreso torturado que parece resumir la historia de esta ciudad que destruye y, al mismo tiempo embellece, con su explosión de vida, el valle de Atemajac. Pero sería un error confundir esa lucha -o incluso la gran religiosidad jalisciense- con algo que tuviese que ver con la trascendencia. En Guadalajara, por memoria genética precolonial y precatólica, y por geología (nada es eterno al pie de los volcanes y sobre una fosa tectónica), tiene la vida una levedad que invita a coger la fruta de cada día, y a cortar la flor antes de que la llegada de la tarde la marchite. Y las grandes palabras de los boleros, los sentimientos tremendos de las rancheras y hasta la pasión que lleva de la vida a la muerte, tienen en el fondo una condena leve: la levedad e intrascendencia de una voluta de humo o de un fragante trago de tequila. En Tlaquepaque, los mariachis siguen tocando viejas canciones que corrompen nuevos sentimientos, como si todas las noches fueran la última vez. Como si cada noche volviera a inventarse ese objeto leve que sigue llamándose alma, sólo para hacerle daño. El alma, el corazón, la vida, y nada más. Tantas almas. Tantos kilómetros. Tantas vidas. Tantos mariachis enfundados en esos trajes que siempre acaban quedándoseles pequeños a fuerza de nostalgia, copita de tequila y platillo de frijol. ■

## Agenda

### COMO LLEGAR

La ciudad es un importante nudo de comunicaciones. Aeropuerto, ferrocarril y autopista la unen con México D.F. y también con las regiones del norte.

### DONDE HOSPEDARSE

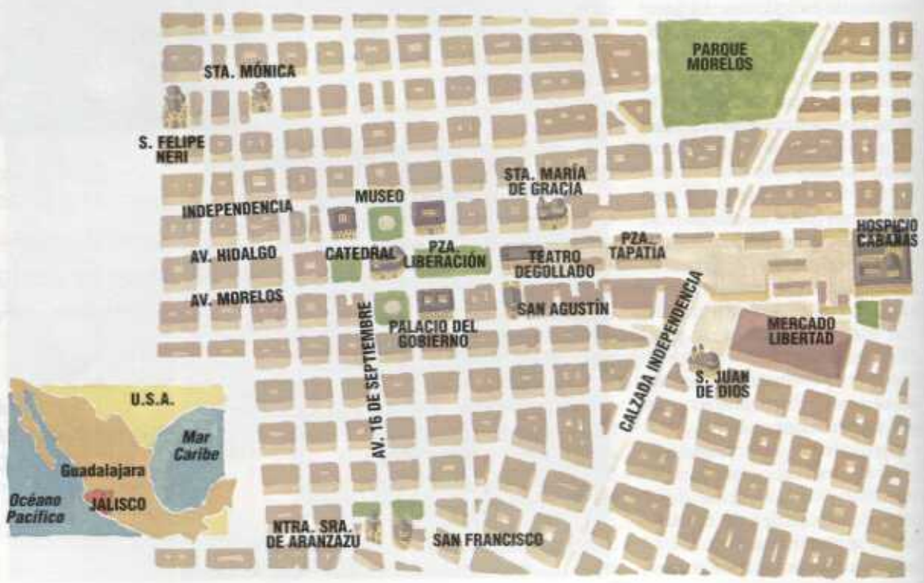
Poderoso centro industrial y ciudad de congresos y ferias comerciales, Guadalajara posee una excelente red hotelera, que incluye instalaciones de gran lujo, como las magníficas de la **Quinta Real** (A. México 2727. Tel. (3) 615 00 00) un cuidado edificio que imita la arquitectura de las haciendas coloniales, con suites decoradas con elegantísimo equilibrio entre lo clásico y lo moderno, y que convoca en sus salones a la sociedad local, que lleva a cabo sus negocios mientras disfruta de opulentos desayunos. Otros hoteles lujosos son **Camino Real** (A. Vallarta 5005. Tel. (3) 134 24 24), entre jardines; **Crowne Plaza** (Av. López Mateos 2500. Tel. (3) 634 10 34), **Fiestamericana** (Aurelio Aceves, 225. Tel. (3) 825 34 34), **Presidente Inter-continental** (Av. López Mateos y Moctezuma. Tel. (3) 678 12 34), **Hilton** (Av. de las Rosas, 2933. Tel. (3) 678 05 05), **Misión Carlton** (Av. Niños Héroes 125. Tel. (3) 614 72 72), o **Holiday Inn** (Av. Niños Héroes, 3089. Tel. (3) 122 20 20), todos ellos instalados en espectaculares edificios modernos (¡deslumbrante el juego de cubos de vidrio del Presidente Intercontiental!), y dotados con los más avanzados servicios.

### PARA COMER

En esta gran ciudad de casi seis millones de habitantes, el viajero se encuentra con un casi infinito número de posibilidades gastronómicas, que van desde las taquerías callejeras o las que pueblan los tianguis o mercados, con sus tortillas y platillos populares, hasta los restaurantes lujosos de más o menos logradas pretensiones cosmopolitas. Entre los que sirven comida mexicana, sin duda **La Destilería**, que es también un museo del tequila, cubre magníficamente las expectativas de quien desee participar en un espléndido banquete jalisciense. Los locales aprecian también **Santo Coyote**, un espacio abigarrado, entre jardines y extraños frescos y trampantojos, que busca referentes místicos a su cocina. **Sacromonte** tiene un punto postmoderno. Y son sencillos, populares y "muy sabrosos" **La Gorda** y **La Chata**, dos lugares a los que los tapatíos acuden cuando quieren acercarse a su cocina más auténtica. Cocina de otros países se encuentra en **Maximino's**, **Pierrot** y **Chez Pierre** (franceses), **Yakitori** (japonés), **Wi Wong** (coreano), o **La estancia gaucha** (que sirve excelentes churrascos argentinos). Los ejecutivos van a **El gordo steak**, famoso por sus gigantescas botanas (tapas, aperitivos) y por los buenos cortes de carne. En el tianguis de Tlaquepaque se pueden también comer sabrosas botanas. Aunque los restaurantes más apreciados del barrio son, seguramente, **El Abajeño** y **Sin Nombre**. Entre las cantinas, resulta de visita obligada **La Fuente**, instalada en un viejo caserón junto a la catedral: un auténtico templo para los bebedores de tequila, frecuentado por políticos, artistas, funcionarios, y estudiantes, en abigarrada mezcla con artesanos y obreros.

### QUE VISITAR

Cuenta Guadalajara con un importante centro histórico en el que, en las calles trazadas a cordel durante la época colonial, se alinean las hermosas casonas, los



**La Destilería, propiedad de Federico Díaz de León, que es también un museo del tequila, cubre las expectativas de quien desee participar en un espléndido banquete jalisciense acompañado de magníficos cócteles.**

palacios y conventos, y las iglesias. Desgraciadamente, algunos proyectos urbanísticos de hace apenas unas décadas rompieron la armonía del centro para abrir lo que se ha llamado la *Cruz de Plazas* en torno a la catedral y, sobre todo, la *Plaza Tapatía*, entre el Teatro Degollado y el Hospicio Cabañas. Actualmente están rigurosamente protegidas treinta manzanas de la vieja ciudad colonial. Además de ese núcleo, existen zonas de ensanche (las colonias francesa y americana) en las que la burguesía tapatía edificó hermosas mansiones en los últimos años del siglo XIX y el primer tercio del XX, la *avenida Vallarta* ofrece un apasionante catálogo de este tipo de viviendas. La Guadalajara que ha venido luego, aunque mantiene en buena parte el originario trazado de cuadrículas en ángulo recto, se ha inclinado más bien por un modelo americano de urbe dispersa con cambiantes centros comerciales.

El centro histórico ofrece una serie de hermosos monumentos de obligatoria visita: la **Catedral**, mezcla de estilos, con soberbios altares de plata y oro, donados por Fernando VII, para agradecer la ayuda que Guadalajara le prestó durante las guerras napoleónicas. Bellos retablos, con una Asunción atribuida a Murillo. **Iglesia de Nuestra Señora de Aránzazu**: de sobrecargado estilo barroco, alberga un impresionante retablo. **Museo de las Artes de la Universidad de Guadalajara**: magnífica exhibición del mejor arte contemporáneo. **Museo Regional de Guadalajara**: en un hermoso edificio, interesantes colecciones históricas y también de pintura. **Palacio del Gobierno**: la bella e imponente arquitectura del edificio se ve realzada por el imponente fresco de Orozco que preside la escalera principal, con una representación del padre Miguel Hidalgo elevándose sobre la esclavitud. De todos modos, la obra maestra de Orozco se encuentra en el **Instituto Cultural Cabañas**, el antiguo orfanato neoclásico que planeó el arquitecto valenciano Miguel Tolsa y que se levanta en torno a 27 patios. Aquí, entre 1937 y 1938 José Clemente Orozco pintó paredes, cúpulas y bóvedas con una serie de alegorías antiimperialistas y revolucionarias, una especie de Capilla Sixtina del siglo XX, presidida por la sobrecogedora imagen de El Hombre de Fuego, representación de la lucha del espíritu humano contra los elementos. Conviene también visitar el **Teatro Degollado**, de sorprendente arquitectura, y sede de la Orquesta Filarmónica de Jalisco y del Ballet Folklórico de la Universidad de Guadalajara.

No hay que perderse una velada en la **Plaza de los Mariachis**, animada por multitud de restaurantes y cafés, o por la visita a la **Barranca de Oblatos**, una sima de más de seiscientos metros de profundidad que corta la trama urbana. Por lo que se refiere a las compras, **Tlaquepaque** y **Tonalá** ofrecen numerosas tiendas de artesanía y resulta sorprendente por su animación y colorido el inmenso mercado de **San Juan de Dios**, también conocido como **Libertad**. Numerosos mercadillos populares, o tianguis se instalan por toda la ciudad cada día. Guadalajara cuenta también con un gigantesco rastro que se llama **El Barquillo** y con una empresa dependiente del gobierno que se llama **Casa de las artesanías de Jalisco**, en la que se pueden adquirir productos artesanos de garantizada calidad.


Armarios Bodega

OAK

Nuestros armarios bodega cumplen con todas las condiciones requeridas por el VINO para su conservación, envejecimiento y servicio a la temperatura correcta.

SIN VIBRACIONES, SIN COMPRESOR
SIN OLORES, SIN TUBERIAS
TEMPERATURA UNIFORME
HUMEDAD CONSTANTE
OSCURIDAD ABSOLUTA
BOTELLEROS INDIVIDUALES
CONSUMO ÍNFIMO (20 W)
ARTESANÍA EN ROBLE MACIZO
IRROMPIBLES
DESDE 40 A MÁS DE 500 BOTELLAS

OAK s.l.
c/ Segundo Anca, 2 MADRID 28023
Tel. 91 307 61 79 Fax 91 307 67 69
Móvil 607 888 749
http://www.oak.es/
oak@oak.es